

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península una peseta al mes.
Extranjero 7'50 pesetas trimestre.
Comunicados a precios convencionales.

Redacción, Administración y talleres: S. Lorenzo, 18

MIÉRCOLES 7 DE ENERO DE 1903

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En primera plana.	1	pesetas línea
En segunda.	00'50	id. id.
En tercera.	00'10	id. id.
En cuarta.	00'05	id. id.

CONCENTRACIÓN LIBERAL

Casi todas las opiniones de los primeros de la política juzgando la situación en que queda el partido cuyo jefe era el Sr. Sagasta, coinciden en un mismo punto, en que para organizar el partido precisa hacer una gran concentración de fuerzas que abarque desde la derecha liberal a la izquierda democrática.

Patriótica suponen la idea muchos y aplauden, antes de hacerla, la concentración liberal, pero es indudable que para realizarla se han de tropezar con grandes dificultades, dificultades de orden puramente personal, de ambicioso individualismo, que impedirán, como no hace mucho tiempo, la formación de un gran partido con la suma de todas las pequeñas fracciones, que aisladas, no suponen nada y son completamente infructuosas.

Demuestran los políticos que aconsejan esta reorganización, su simpatía a la existencia de dos partidos que puedan turnar en el poder, como si no fuera posible hacer una buena obra de gobierno rompiendo los moldes viejos y encauzando la política por caminos diferentes a los que hasta ahora siguió para desventura del país.

Preside los criterios políticos la más absurda rutina; creen imposible la existencia de nuevos procedimientos y forzosamente se ha de repartir el poder entre dos partidos solos, y es que, después de la muerte de Cánovas y Sagasta no hay quien se atreva a variar en lo más mínimo el funcionalismo político que rige desde la Restauración hasta hoy y que ha producido muy pocas utilidades al país aunque un muy agradable *modus vivendi* a los políticos.

Con la muerte del Sr. Sagasta se ha perdido una figura que difícilmente encontrará sucesor, pero con la muerte del partido liberal, que es inevitable, no se pierde absolutamente nada. El partido liberal, si un día fué potente y prestigioso, hoy lo constituyen fuerzas sin disciplina y desmoralizadas, suma de varios séquitos personales recelosos los unos de los otros y todos sin significancia moral bastante.

Los acontecimientos futuros próximos convencerán a los incrédulos de la ineffectividad de las gestiones para la concentración, pues la concentración supone propósitos patrióticos y para la totalidad de los políticos, por encima de las necesidades del país, están sus personales ambiciones y no han de reconocer nunca una jefatura común, pues la máxima de la política española ya se sabe que es aquella que aconseja ser cabeza de ratón y no cola de león.

¿QUE LE HEMOS DE HACER?

Cumpliendo el testamento de Cisneros, el único estadista acaso que ha producido nuestra raza, convertidas todas nuestras energías al logro de la misión que nos señalaba de consuno la naturaleza y la historia, España sería hoy una gran nación. Dueña de toda la costa septentrional del África, lo sería del Mediterráneo. Una población de inmigrantes, siempre renovada, habría prosperado secularmente en esa zona de condiciones dinásticas tan análogas a las nuestras. Marruecos, Argel, Túnez, Tripoli, tal vez hasta el lejano Egipto, serían como la prolongación natural de nuestras costas levantinas. Con el trabajo habría nacido la riqueza y con la riqueza la fuerza. Nuestras naves surcarían el mar latino, cuya posesión nadie sería osado a disputarnos. Todas las potencias, atentas hoy a disputarse la posesión del continente

negro, tendrían que rendirnos homenaje.

La aventura de América descentró nuestra historia y nos descarrió acaso para siempre. Desde que Colón hizo a los católicos reyes el funesto presente de un mundo nuevo, España inscribió su nombre en el triste catálogo de las naciones mártires que, si cumplen el fin humano, es siempre a expensas de sí mismas. Cualquier otra nación, aún la más fuerte y poderosa, hubiera sucumbido como ella sucumbió bajo la carga abrumadora de la misión que echó sobre sus hombros el acaso. Menos que otra alguna se hallaba España dispuesta para soportarla. La unidad nacional era aun precaria e incompleta. Salida apenas de la anarquía medieval, sufría la nación el yugo agresor del despotismo monárquico. Entronzábase una dinastía extranjera que había de hacer del país instrumento de sus querellas y ambiciones. Surgían con la Reforma las luchas religiosas en las que España, brazo armado del catolicismo decadente, había de desempeñar tan importante y luctuoso papel. La perspectiva de un misterioso Eldorado, que ofrecía la fortuna como galardón de la audacia, halagaba el instinto aventurero de la raza y desviaba al pueblo de la industria y el trabajo. Así consumía España su ruina, derramando durante cuatro siglos lo mejor de sus fuerzas en aquella ingrata tierra americana, sin que de tamaña labor haya cosechado otro fruto, sino la esteril gloria de haber dado nombre y lengua a una familia de naciones. ¡Singular historia esta historia nuestra en que el azar y la culpa, la fortuna y el desacierto parecen afanados en una colaboración asidua para labrar nuestra desdicha!

Aun bajo el peso de esta fatalidad heredada, mucho pudo hacerse todavía durante la pasada centuria para enderezar rumbos tradicionalmente torcidos. Algo cabía realizar de nuestro espléndido sueño africano. Separada de nosotros toda la América continental, nuestra atención debió fijarse entera en el imperio mogrebino al que nos llaman tantos recuerdos e intereses. Debimos ser sus iniciadores en la civilización. Debimos conquistarle pacíficamente con nuestras ideas, invadirle con nuestro comercio, transformar nuestras plazas en otros tantos centros de atracción y de cultura. Debimos, cuando aún era tiempo, que ninguna otra nación disputara a la nuestra la suprema influencia sobre Marruecos. Era para nosotros asunto de deber, de seguridad, de honor, de independencia. Mas ¡ay! que los españoles teníamos por aquel entonces otras cosas a que atender. Estábamos ocupados en resolver si habían de ser Carlos V o Isabel II, Carlos VII o Amadeo de Saboya quien reinara sobre nosotros. Necesitábamos resolver el pleito dinástico. En eso empleábamos nuestros tesoros: para eso derramábamos a torrentes nuestra sangre. Todos nuestros recursos no bastaban para pólvora. El Tigre del Maestrazgo o el cura Santa Cruz, según los tiempos, daban de nuestra juventud buena cuenta. No se pensaba en espugnar a Tánger sino en tomar a Bilbao. ¡Bien despañado hubiera sido el que en los momentos algidos de la lucha, se hubiese acercado a cualquiera de los caudillos de una u otra causa para hablarles de nuestra misión en Marruecos! Una política internacional supone ante todo una nación y en España, durante todo el siglo XIX ha habido por lo menos dos.

Ya para todo es tarde. Hemos sentido que otros intereses, otras influencias, otros derechos sustituyan a los nuestros. Nuestra sola política posible en Marruecos es la del *statu quo*; la política de la impotencia. El *statu quo* representa para los poderosos la actitud de sorda hostilidad con que los perros se miran de reojo y gruñen en torno de la tajada. Para nosotros es la del desahuciado que aplaza cuanto puede el trance inevitable. Ahora o luego, cuando los hechos susciten el temeroso problema de Occidente, cualquiera que sea su solución, ha de ser mal para el cáñaro. Excluidos, sufridos, temerosos la más tremenda humillación. Obrando de concierto con los fuertes, sacaremos para ellos las castañas del fuego. Francia, soberana en Marruecos, significa para nosotros el ahogo entre un doble Pirineo. Dueño del imperio

mogrebino, Inglaterra nos estrecha entre Portugal y el Mediterráneo, como Hércules a Anteo. Dominar en Marruecos era para nosotros cuestión de vida o muerte. ¿Qué hacerle si, distraídos en nuestras eternas discordias, hemos preferido, en esta como en tantas otras cosas, la muerte a la vida?

¿Quién habla de misión que cumplir, de intereses que conservar, de derechos que defender? ¿Cuándo dejaremos de tener aquí retóricos por políticos y charlatanes por estadistas? ¿Cuándo tomaremos lección de la experiencia y abriremos los ojos a la luz de la realidad? ¡Misión, intereses, derechos! Todavía antes del gran desastre pudo España pesar algo en la balanza internacional. No estaban estenuadas nuestras fuerzas, perduraba nuestra leyenda, subsistía la confianza en nosotros mismos. ¡Pero ahora! Para poder siquiera defendernos hemos perdido muchas cosas. Necesitamos aquellos barcos hundidos en Cavite y en Santiago, mas la escuadra fantástica que el país pagó de su bolsillo y que devoró antes de nacer nuestra administración gloton. Necesitamos aquellos ochenta mil muchachos que fueron pasto de la traición, la fiebre y los tiburones. Necesitamos los tres mil millones de pesetas que locamente se echaron al mar. Necesitamos confiar en el patriotismo, en el desinterés, en la rectitud de quienes nos guíen. Necesitamos, en los extraños y en nosotros mismos, el olvido de nuestras flaquezas. Necesitamos tener en otra parte que en el papel un ejército, una marina, una administración, una Hacienda. Necesitamos persuadirnos de que todavía somos algo.

En la situación en que estamos, callar es lo que nos cumple. Hagamos los españoles votos fervientes porque la cuestión de Marruecos no sea para nosotros origen de nuevas y dolorosas desmembraciones. Temen los monárquicos sus medidas para, si el caso llega, salvar otra vez la dinastía. Y repetamos todos en coro, ante los nuevos desastres que no supimos prevenir ni ya podemos evitar, aquella tristísima exclamación del Cánovas de la decadencia, verdadero grito del alma de los impotentes y los fracasados:—¡qué le hemos de hacer!

Alfredo Calderón

La muerte de Sagasta

OPINIONES DE LOS POLÍTICOS

Los periódicos de Madrid publican las opiniones de todos los políticos, respecto a la suerte del partido liberal.

Creyendo de palpitante actualidad estas declaraciones entresacamos los párrafos más salientes.

SILVELA

«Al desaparecer la gran figura de Sagasta del escenario de la política, se oscurecen o borran incompatibilidades de carácter personal que separaban al llorado muerto de algunos de sus supervivientes que ahora entre sí pueden sumarse.

«La palabra concentración, que tanto ha sonado en estos últimos tiempos y que, sin duda, responde a un señalado movimiento de opinión, no encontrará jamás mejor acomodo que en las presentes circunstancias entre los liberales.

«Desde Canalejas, Montero Ríos, López Domínguez y Vega Armijo, hasta el duque de Tetuán y Romero Robledo, pueden ahora constituir una agrupación fuerte, vigorosa y popular, que encarne y represente en la política lo que el partido liberal en sus mejores tiempos, cuando lo animaba el verbo Martos y lo presidía, por unánime consentimiento de todos, el Sr. Sagasta.

«Realizada esta necesaria concentración, tan conveniente y útil al país como a la monarquía, pueden, los que la constituyan, optar entre hacer que los rija un directorio o proclamar, desde luego, una jefatura.»

ROMERO ROBLEDÓ

«En estas circunstancias, la falta del Sr. Sagasta supone la importante de su colaboración en el nuevo programa,

pero no viene a disolver lo que estaba disuelto.

«Ciertamente que los liberales tendrán mayores dificultades para la formación de su nuevo credo y para su reorganización como instrumento de Gobierno; pero es de creer, mejor dicho, es seguro que la monarquía no ha de carecer de un partido liberal que responda a las exigencias de la opinión y pueda recoger en su día la herencia del actual gobierno.»

VEGA ARMIJO

«Si el partido liberal no fuera una exigencia nacional en España, muerto su jefe se disolvería.

«Cuanto se habló de concentraciones y de inteligencias en las últimas crisis puede ahora ventajosamente ejecutarse.

«Montero Ríos, López Domínguez, Canalejas, Tetuán, Romero, todos, en suma, los que nos llamamos liberales, los que de corazón amamos el progreso y tenemos convicciones monárquicas, estamos obligados a concurrir a esa suma de fuerzas, que inspirará positiva confianza al país, y será para la monarquía una solución de gobierno.»

MONTERO RÍOS

«El partido liberal es hoy, con la muerte del Sr. Sagasta, un edificio completamente ruinoso, y lo único que debe hacerse es recoger los materiales sanos para levantar otro edificio totalmente nuevo.

«La labor que se impone es la formación de un gran partido liberal, que tenga por límites: de un lado, la izquierda del partido conservador; de otro, la República. Un partido en el que entren todos los elementos que pertenecieron al partido liberal, tales como los señores duque de Tetuán, López Domínguez y Canalejas.

«El programa de ese partido debe ser la rectificación más absoluta del programa, de la conducta y de los procedimientos seguidos en su última época por el partido liberal.»

MURO

«Quedan entre éstos y aquéllos hombres de singular relieve y de indiscutible mérito; pero ninguno universalmente aceptado, reconocido y respetado como el Sr. Sagasta. Difícil es, si no imposible, que estos personajes se concierten bajo una sola dirección y con un solo criterio para los menesteres de Gobierno. Los separan insolubles diferencias de ideas y antagonismos personales; mas si el milagro se hiciese, sería preciso, para que fuese fecundo, que en el concierto entrasen por la izquierda hasta los elementos de los Sres. López Domínguez y Canalejas; por la derecha, hasta los del duque de Tetuán y Romero Robledo.

MORET

«En España, como en otros países latinos, no existe una opinión pública ya formada; se hace únicamente una política de grupos.

«Sagasta tenía unidas, en un sólo y poderoso núcleo, las fuerzas del partido liberal.

«La muerte de Sagasta traerá como consecuencia la disolución del partido.

«La desaparición de nuestro ilustre jefe tiene un aspecto más grave, por la proximidad de las elecciones.

«De éstas resultará un número considerable de representantes liberales, con los cuales se podrá formar un núcleo importante de oposición. Claro que esto depende de la actitud que en las presentes circunstancias adopte el Sr. Silvela.»

DUQUE DE TETUÁN

El partido liberal mucho antes del fallecimiento de su ilustre jefe el señor Sagasta, estaba muerto también. En la actualidad es una ruina.

La actitud más patriótica es la de organización de un gran partido con la única inspiración del gobierno del país.

Mi conducta será la que reclame los acontecimientos, por más que veré con agrado la formación de un partido liberal que rectifique la política que hasta ayer ha seguido.

DEFUNCIÓN

Por noticias llegadas hoy de Almería hemos sabido el fallecimiento en aquella ciudad de nuestro querido amigo D. Angel Cortina Sanchez, teniente de infantería retirado.

Antigua y grande era la amistad que a él y a su familia nos ligaba y alto conocidas nos fueron siempre sus prendas personales para que ahora tratáramos de hacer su necrología.

D. Angel Cortina Sanchez era hijo de Murcia por la que sentía un verdadero cariño de hijo hacia su madre, a la que tuvo que abandonar en su azarosa vida de militar. Nosotros lo conocimos en Guantánamo (Isla de Cuba) y desde aquel momento fué nuestro mejor amigo, amistad nunca quebrantada en lo mas mínimo. Los azares de su carrera, lo llevaron a Almería donde haré siete años pudimos tratar, feliz, rodeado de todos aquellos que lo eran queridos, y con grandísimas esperanzas para lo porvenir. Mas tarde en Murcia nos vimos nuevamente, reanunciando nuestra amistad, más crecida que antes, si ello cupiera ya, entonces nuestro amigo no era lo que antaño, las continuas desilusiones, los frecuentes desengaños y la ezequidez de la fortuna, lo hacían pesimista, tornándose todo, negro para sólo buscar la paz, dicha y ventura entre los seres que formaban su «nido».

No obstante nuestro amigo, con un genio alegre y campechano procuraba por desterrar de sí las tristezas, consiguiéndolo a veces y siendo feliz, desengañándose otras mas... Bien lejos estábamos entonces de suponer que había de morir llevándose a la tumba todas sus esperanzas, todo lo que hubiera sido su ventura, todo lo que hubiera hecho felices a los seres que más quería.

Hoy hemos recibido la noticia y aún lo dudamos. Nuestro amigo muere joven, en la flor de su vida, dejando en el mayor desconsuelo a su esposa y dos hijos. A quienes trasladamos el testimonio de nuestro más sentido pésame, aconsejándole resignación en tan duro trance, especialmente a nuestro querido amigo y compañero en la prensa almeriense, D. Angel Cortina Garcés.

¡Descanse en paz!

R. V. R.

Teatro Romea

Anoche se efectuó la función última de la temporada a beneficio de los coros. La concurrencia fué regular y es de suponer tuvieran no despreciable ingreso.

No podrá ir descontenta la compañía ni la empresa, de este público. Por su constante asistencia y por su benévolo proceder el público murciano ha demostrado afecto a los artistas. Estos han sido aplaudidos en la temporada más que en justicia les corresponde; la empresa ha obtenido más ganancias de lo que merecía el cartel presentado y la insuficiencia del personal, del que hablamos en conjunto.

Parece ser que se hacen gestiones para formar con algunos elementos de esta compañía y otros que vendrán de Madrid, una, que seguirá actuando en vista de que el público desea representaciones teatrales. Nos alegraremos que cuanto antes se abran de nuevo las puertas del elegante coliseo.

AUDIENCIA

Para mañana hay señaladas en la sección primera, tres causas de los juzgados de Cieza, Totana y Yecla, por lesiones y hurto, contra Jesús Molina Martínez, Sebastián Cayuela García y José Gómez Cárceles.

Defensores, Sres. Llanos, Cañadas (D. J. de D.) y Pérez López; procuradores, Sres. Trigueros y Gabardo.

En la segunda dos de Lorca, por disparos y lesiones, contra Cayetano García y Francisco López.

Defensores, Sres. Cañada (D. J. de Dios) y Clemencín; procuradores, señores González Sanz y Martínez.

